

Entre estos grupos nucleares se afirman más las identidades, a veces por comparación con los otros, los distintos. Y mientras más cerca se tiene a todo el género humano, con más pasión se afirma lo propio, se valora, se celebra con el rito de la tribu, se generan los lenguajes que diferencian y distancian.

Colombia tiene el privilegio de pertenecer a una porción de la comunidad humana que comparte un idioma común. Dispersos al sur del río Bravo —bastantes también al norte— en casi toda la península ibérica, habitantes de dos hemisferios, la inconsciencia de los siglos nos ha inmunizado contra la maravilla cotidiana que significa compartir este capital cultural con casi cuatrocientos millones de seres humanos.



Desde el siglo pasado, filólogos españoles predicaban el apocalipsis del idioma, su atomización en cientos de pequeñas lenguas expuestas que se irían independizando de su raíz ibérica bajo la influencia de los medios locales. Esto no ha ocurrido, pero las dos vías contrarias en que marcha al mismo tiempo la sociedad humana, atentan permanentemente contra la posibilidad de mantener el español como lengua común. Estamos expuestos a las jergas técnicas que la globalización filtra al habla, a la particular gramática uniformadora del mundo de la computación, al idioma medido en segundos de los doblajes de la televisión.

Y, por el lado de la pequeña aldea que a cada uno de nosotros nos cubre como nuestra segunda piel, los lenguajes de la familia, los adjetivos que los niños inventan, la jerga de los adolescentes de cada generación, las palabras que la picaresca local consagra como nombres de las cosas, de algún modo conducen a la creación de localismos,

alimento del idioma y a la vez una de las vías para su atomización.

Con este panorama la labor de la Real Academia Española de la Lengua y de todas las academias hispanoamericanas, correspondientes de la española, la primera de las cuales fue la nuestra, se convierte en una necesidad, en un referente para mantener ese capital de que he hablado, esa lengua común, abarcadora y definitoria de todo lo que somos.

Pertenezco a una generación que creció luchando contra todas las formas. Nuestra urbanidad la dictaba una película como *Help*, de los Beatles, y nuestra estética y nuestra ética estaban más cerca de Woodstock que de cualquier lugar. Con el dogmatismo propio de la adolescencia llegamos a acoger como un mandamiento aquel verso de Rubén Darío: "De las academias líbranos señor". Nosotros, antiformalistas *per se*, veíamos en la Academia la obsesión por la forma.

Pero uno se pasa buena parte de la juventud descubriendo verdades que cree definitivas y defendiéndolas con pasión, y se pasa buena parte de la madurez corrigiendo aquella pasión y desmintiendo aquellas verdades.

Hoy veo la labor de la Academia como necesaria y su actitud plenamente adaptada a los comportamientos de los tiempos que corren. No se trata de una institución que dicta mandamientos dogmáticos —que, por los demás, nadie oiría—, sino que cumple una función panhispánica para mantener el idioma. Es el caso de la *Ortografía de la lengua española*, un libro que contó con la revisión de las 22 Academias Nacionales de la Lengua; de ella me llamó la atención la división normativa entre reglas de obligatorio cumplimiento, otras basadas en las costumbres y otras que pertenecen al orden de los consejos.

Personalmente tengo una relación visual con las palabras. Además de ser lo que significan, como en el universo platónico, también son las letras que las componen. Que éstas obedecieran a la arbitrariedad de quien escribe, sería tanto como variarles el significado. Un hueco sin H me parece tan peligroso como un abismo que la llevara. Fijar las letras de las palabras es un ofi-

cio que la Academia nos presta para mantener la consistencia misma del lenguaje.

Muchas gracias.

GUSTAVO BELL LEMUS

Santafé de Bogotá, 13 de septiembre de 1999

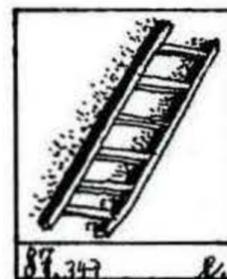
La religión del amor en la última narrativa de Gabriel García Márquez

JOSÉ MANUEL CAMACHO DELGADO

Universidad de Sevilla (España)

1. Antecedentes

Gabriel García Márquez es un escritor con una profunda vocación religiosa, tal y como ha demostrado en su ya dilatada trayectoria novelística. Sus obras están llenas de mitos bíblicos, personajes legendarios, criaturas procedentes del Antiguo Testamento, vendedores de milagros, santos, predicadores de pelaje variopinto, sermoneros profesionales, ángeles destronados, sábanas santas, mujeres que suben al cielo en estado virginal, resurrecciones, etcétera. Faltaba por tanto uno de los temas más sugerentes con los que podía tropezarse el novelista colombiano: el amor entendido como una posesión demoníaca. Este es precisamente el tema desarrollado en su novela, *Del amor y otros demonios*¹.



Sabido es que la *Biblia* es una de las obras fundamentales en su formación

literaria porque entre sus páginas, según ha declarado el propio autor, ocurren "cosas fantásticas"² y "todo es posible"³. Le interesa fundamentalmente todo lo relacionado con la literatura veterotestamentaria, es decir, con el *Antiguo Testamento*, porque aquí las fronteras entre la realidad, el mito y la ficción desaparecen.



García Márquez llega a la *Biblia* como casi todos nosotros, es decir, a través de la educación familiar, representada en este caso por medio de dos de las grandes mujeres de su vida, doña Tranquilina Iguarán Cotes, su abuela, y doña Luisa Santiaga Márquez, su madre. Mujeres que, como en el caso de Úrsula Iguarán, poseen una gran conciencia religiosa que contrasta con el ateísmo o el agnosticismo de los hombres de su familia.

Después de este primer momento de su infancia, García Márquez vuelve constantemente a la lectura del *Antiguo Testamento* porque entre las muchas historias que configuran su tejido religioso el novelista descubre un mundo desbordante que sobrepasa los límites del pensamiento racional. La lectura minuciosa de El Libro, por antonomasia, supone un verdadero hito en su posterior concepción literaria, a la altura de *La metamorfosis* de Kafka o *Las mil y una noches*, porque en estas tres obras, el joven aprendiz descubre que todo cuanto pueda imaginar el hombre tiene cabida en la literatura si se le da el tratamiento adecuado, lejos del estrecho corsé del mundo académico⁴.

De sus primeros años en Aracataca y posteriormente en Barranquilla data su afición a la literatura santoral, es decir a las vidas sorprendentes de los

santos. En este tipo de literatura hagiográfica, García Márquez encuentra un filón inagotable de historias sorprendentes que poco a poco han sido adaptadas a su universo narrativo.

Además de la *Biblia* y de las vidas de los santos que han estado presentes en su formación literaria y humanística, tampoco debemos olvidar su profesión de periodista que le llevó a vivir durante varios meses en la Roma vaticana, como corresponsal de El Espectador de Bogotá. Allí cubrió las noticias más relevantes de la capital italiana y los hechos más curiosos y significativos del Vaticano, como la supuesta crisis de hipo del extravagante papa Pío XII, a quien se le apareció Jesucristo⁵.

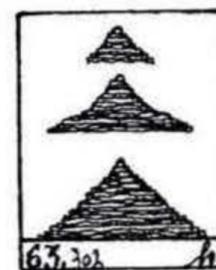
De su experiencia romana ha quedado el cuento "La Santa", una buena colección de artículos de prensa, que aparecen entre agosto y diciembre de 1955 bajo el título *Crónicas exclusivas desde Roma*⁶, y su propia experiencia directa con todos los enigmas que rodean la vida vaticana y que sin duda constituían un material novelable de primera calidad.

Apariciones marianas, visiones cristológicas, supuestos personajes milagrosos, el papa convertido en un espectáculo público, el prodigio de la Sábana Santa de Turín o las peregrinaciones masivas hasta la plaza de San Pedro debieron dejar una impronta muy particular en alguien que desde niño había englobado en la misma realidad los elementos más dispares del mundo. Algunas de estas escenas y motivos han tardado hasta treinta años en aparecer en su narrativa, lo que viene a demostrar que García Márquez es un escritor de largo recorrido, un orfebre incansable de ficciones cuyos orígenes se remontan a veces hasta su propia niñez y que justifican un análisis detenido de todo lo que atañe a su formación como hombre de letras.

A diferencia de otros escritores hispanoamericanos, muy dados a presentar en sus ficciones el total de su cultura enciclopédica, el escritor colombiano ha seguido muy de cerca el magisterio de Hemingway para quien la literatura debe mostrar sólo 1/7 del trabajo del escritor. Es lo que el maestro norteamericano denominó la *técnica del iceberg*. Todo lo demás debe ser investigación, rastreo,

análisis, estudio y debe permanecer en la carpintería literaria del escritor⁷.

Ni que decir tiene que detrás de obras como *Cien años de soledad*, *El otoño del patriarca* o *El general en su laberinto* existe una labor ímproba de documentación hábilmente camuflada. Un ejemplo de esto lo tenemos en las múltiples referencias que García Márquez hace de la literatura medieval española. Así, él conoce muy bien *Los milagros de Nuestra Señora* de Berceo desde su época de bachiller. Pero también sabe que el autor riojano dedicó una biografía (hagiografía) a San Millán de la Cogolla, figura que aparecerá más tarde como personaje literario en *Cien años de soledad* pronosticando el final de Cantabria en un claro antecedente del final de Macondo⁸. En una novela como *El otoño del patriarca* Santo Tomás de Aquino está presente de forma explícita, y en su última novela este santo padre aparece no sólo en las disputas teológicas que mantienen Josefa Miranda y Cayetano Delaura, sino también en el epígrafe con el que se presenta la novela.



Estas y otras referencias hábilmente dispersas en toda su producción literaria, e incluso periodística, remiten no sólo a un escritor con una gran erudición, sino también a un profesional de la cultura que desarrolla una intensa labor de investigación que pasa inevitablemente por la literatura patristica, las vidas de santos, la literatura mariana, y a tenor de lo presentado en su última novela, tiene también un lugar de encuentro con toda la documentación correspondiente a los santos exorcistas, las actas inquisitoriales y las religiones africanas que pasaron al Nuevo Mundo junto con los esclavos negros.

Sin embargo, *Del amor y otros demonios* no es sólo una obra aderezada con todo tipo de referencias religiosas, también es un alegato en favor del amor: el amor entendido como un modo de vida, como una ideología, como una religión. El amor para García Márquez tiene resonancias platónicas, es un dios mayor, una deidad suprema que marca el ritmo de nuestras vidas.



2. El amor

El amor es el último gran tema desarrollado por el novelista colombiano. Después de sus magistrales creaciones en torno a la soledad y el poder, los asuntos del corazón han pasado a ocupar un lugar preminente en su poderoso mundo inventivo. Este peculiar viraje de su literatura se remonta al menos a 1981, a *Crónica de una muerte anunciada* donde la inconclusa historia de amor de Ángela Vicario y Bayardo San Román propician el final trágico de Santiago Nasar. Cinco años más tarde el Nobel colombiano publicaba *El amor en los tiempos del cólera*, una especie de *kamasutra* caribeño donde el amor está representado en todos sus registros y códigos posibles⁹. La novela bascula continuamente entre el amor cortés y el carnal, entre el mundo platónico y la prostitución, entre el adulterio, la poligamia y la homosexualidad, todo ello construido con el saber inconfundible de su literatura en torno a una gran hipótesis: el amor incansable del sin par Florentino Ariza que durante más de medio siglo espera conseguir las prebendas amorosas de Fermina Daza, una de las criaturas más altivas y mejor perfiladas de la literatura *marquiana*. Desgajado de este auténtico mosaico amo-

roso se presenta su monólogo dramático *Diatriba de amor contra un hombre sentado*, que aunque fue escrito en 1987, no se ha publicado hasta 1994.

En una entrevista aparecida el verano de 1994 en *El Heraldo de Barranquilla*, el periodista francés Olivier Royant le planteaba la siguiente cuestión:

Pregunta: "El amor es el tema central de su obra. ¿Qué sitio ocupa en su vida?"

Respuesta: "Es la cosa más importante del mundo, la cosa más importante de la vida. Lo he repetido con frecuencia. El amor es mi única ideología"¹⁰.

A pesar de estas declaraciones, el tema está planteado de forma equívoca. El amor recorre toda su literatura, es un tema comodín en sus novelas, pero no es el tema fundamental. Antes lo habían sido la soledad y el poder. El amor como elemento vertebrador de su experiencia narrativa coincide en el tiempo con su propia madurez como escritor y como hombre.

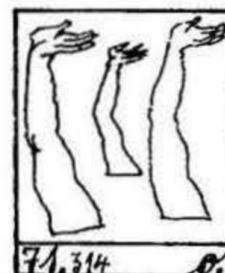
3. Análisis de la novela

La novela consta de cinco capítulos y de un prólogo donde se aclaran las circunstancias que han originado la obra. García Márquez se remonta a sus inicios periodísticos en *El Universal de Cartagena*, bajo el magisterio de Clemente Manuel Zabala, para situarnos en el origen de esta hermosa historia de amor¹¹. El episodio está fechado en 1949 y tiene lugar en el antiguo convento de Santa Clara. Mientras están desmontando las lápidas y toda la infraestructura del edificio para construir apartamentos, en una de ellas, al golpear con la piocha aparece "una cabellera viva de un color de cobre intenso". La hermosa cabellera había crecido después de muerta su dueña, una niña, hasta alcanzar los 22 metros y 11 centímetros. Esta imagen sorprendente, propia del realismo mágico, unida a la leyenda recreada por su abuela de una marquesita que se dedicaba a hacer milagros por la costa, va a ser el punto de partida de la obra.

En realidad, el prólogo es un capítulo más de la novela, puede ser considerado el capítulo cero, porque todo lo que se cuenta en él es ficticio. El desman-

telamiento del convento de Santa Clara no tuvo lugar a finales de los años cuarenta, sino a principios de los noventa; el tema de la cabellera que ha seguido creciendo con vida propia durante dos siglos después de la muerte de la niña es un motivo más de su narrativa. La propia referencia que hace de su abuela, doña Tranquilina Iguarán, nos sitúa de inmediato en el ambiente del mito y la leyenda, nos remiten a la experiencia de su niñez, al núcleo mismo de su impulso creador.

No hay que olvidar que fue la necesidad de reconstruir el mundo de su infancia lo que le llevó a escribir *Cien años de soledad*. La imagen un tanto dantesca de los montones de escombros humanos apilados con sus respectivos nombres y apellidos o los revoltijos de huesos mezclados que por razones de amor habían sido sepultados en lugares diferentes a los originales, no pertenecen a la realidad vivida por el autor, sino que son un homenaje a la escritora Virginia Woolf y a su novela *Mrs. Dalloway*¹².



Es por eso que el "Prólogo" podría ser considerado como el capítulo cero de la novela, e incluso como un cuento con autonomía propia, dado que el tema central planteado, es decir, el paso irremediable del tiempo, poco o nada tiene que ver con el desarrollo posterior de la ficción. Al convertirse en referente del desmantelamiento del antiguo convento de Santa Clara, García Márquez se introduce una vez más en su propia ficción, al mejor estilo cervantino, y se convierte así en el principal testigo de los acertijos sentimentales ocurridos en la Cartagena de Indias de mediados del siglo XVIII.

La historia de amor que justifica el título de la novela es sin duda la que

mantienen el sacerdote Cayetano Delaura y Sierva María de todos los Ángeles, hija del segundo marqués de Casaldueiro, aunque no es la única. Hay al menos otras dos relaciones amorosas que completan el cuadro sentimental de la obra: las mantenidas por D. Ignacio de Alfaro con la loca Dulce Olivia y la historia trágica de Bernarda Cabrera con el esclavo Judas Iscariote. Las tres historias amorosas de la obra tienen en común que están propiciadas por los tres miembros de la misma familia.



Como ya apuntara Lázaro Carreter en una de las primeras reseñas de la novela, la historia central de Cayetano y Sierva María se demora en aparecer lo que es aprovechado por el autor para crear el ambiente propicio y dibujar un cuadro costumbrista con perfiles muy sólidos de la vida cotidiana de Cartagena de Indias durante el período final de la Colonia¹³. En estos prolegómenos conocemos la historia personal de Sierva María, el abandono familiar en el que ha crecido, la cultura y la cosmovisión que ha adquirido en contacto con los esclavos negros, el mundo rancio y decadente de la aristocracia criolla que representan sus padres, el jolgorio de las clases populares, el sopor y la animación de la vida portuaria, el tráfico de esclavos, el contrabando, todo ello a pesar de la brevedad de la novela.

La historia de amor entre Cayetano Delaura y Sierva María

La historia de amor entre el sacerdote Cayetano Delaura y Sierva María sirve para dar título a la novela. El motivo del sacerdote enamorado cuenta con una importantísima tradición literaria que recorre buena parte de las literatu-

ras europeas. Sería muy interesante rastrear las obras que han podido influir en García Márquez, propósito que habrá que dejar para mejor ocasión.

La novela se inicia en sus primeros trazos con un percance: Sierva María es mordida por un perro en el mercado de Cartagena de Indias. El posible contagio de la rabia será el hilo conductor de toda la novela y uno de los grandes enigmas sin solución con los que se tropieza el lector¹⁴. Lo que en un principio parece ser un caso aislado de contagio, pronto adquiere la magnitud de una plaga que pone en peligro la supervivencia de los sectores más pobres de la ciudad colonial. La rabia provoca entre la población negra de la periferia los estragos propios de una epidemia, o mejor, de una peste.

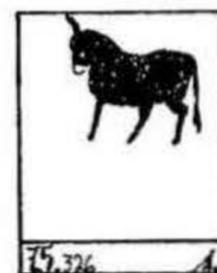
García Márquez ha reconocido en multitud de ocasiones que ningún tema le ha interesado tanto para su literatura como el motivo de las pestes¹⁵. La razón de este interés radica en que tales epidemias provocan comportamientos extremos en el ser humano. La impronta dejada por este tipo de literatura en su formación salta a la vista si se cotejan sus lecturas preferidas, entre las que cabe destacar el *Edipo Rey* de Sófocles, el *Diario del año de la peste* de Daniel Defoe, *El siglo de las Luces* de Alejo Carpentier, *El Decamerón* de Boccaccio o *La peste* de Albert Camus, libros fundamentales a los que siempre vuelve¹⁶.

El tema literario de la peste tampoco es nuevo en su novelística y aparece prácticamente en todas sus novelas. Destaco la peste del insomnio en *Cien años de soledad*, las numerosas plagas de fiebre amarilla en *El otoño del patriarca*, la epidemia de cólera en *El amor en los tiempos del cólera* y, finalmente, la rabia en su última novela.

Para un escritor acostumbrado a destapar el lado oculto de las cosas, un motivo como la peste le permite reflexionar sobre los efectos que provoca en la población: la insolidaridad, el miedo, la superstición o la conciencia de culpa. Quienes viven la terrible experiencia de una epidemia suelen vivir una doble perversión, la del cuerpo y la del alma. Las pestes suelen aparecer en momentos de transición, cuando se vislumbran cambios importantes en la so-

ciudad. Su aparición es interpretada como un castigo divino, como un mensaje cifrado que pone al hombre al tanto de futuras hecatombes.

La peste, en cualquiera de sus variantes, suele estar anunciada con comportamientos extraordinarios de la naturaleza. Eclipses, relámpagos, la caída de alguna estrella fugaz o el paso de un cometa son las señales que vaticinan la desgracia inminente. García Márquez, buen conocedor de esta tradición, introduce el brote de rabia en Cartagena sirviéndose de los rasgos esenciales que definen esta corriente mítica. Será Sagunta, una vieja hechicera, alcahueta y remiendavirgos al mejor estilo de la *Celestina* quien anuncie la desgracia venidera al marqués. Don Ignacio, todavía perplejo ante semejante denuncia no duda en relacionar la epidemia con algún fenómeno extraordinario del cielo. El marqués responde: "No veo el porqué de una peste [...] No hay anuncios de cometas ni eclipses, que yo sepa, ni tenemos culpas tan grandes como para que Dios se ocupe de nosotros" (pág. 25).

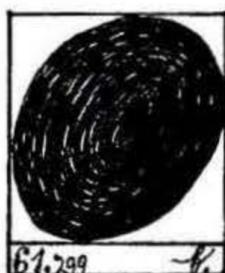


Sagunta desmiente en seguida estas apreciaciones e informa al marqués de que el próximo marzo "habría un eclipse total de sol" (pág. 25), por lo que posiblemente su hija está contagiada. Además, se ofrece a ayudar a la niña porque afirma poseer "Las llaves de San Huberto, patrono de los cazadores y sanador de los arrabiados" (pág. 25). Desde su condición de hechicera, propone una solución mágica para vencer los terribles efectos de la enfermedad hidrofóbica de Sierva María.

La noticia del eclipse pone en alerta al marqués. El miedo a perderla provoca un sentimiento paternal ausente hasta

ese momento. Toma entonces conciencia de que ha sido criada por los esclavos negros, habla sus lenguas, lleva sus collares, se mueve con la gracia de ellos, se ha consagrado a sus dioses y se hace llamar María Mandinga.

Por primera vez García Márquez se sirve de la población negra para crear un determinado contexto literario. Tan sólo en algunos momentos de *El amor en los tiempos del cólera* se insinúa su presencia, pero no es hasta su última novela cuando el escritor colombiano se sumerge en el mundo de los esclavos, en su idiosincrasia, en los hábitos de su vida cotidiana, e incluso realiza una interesante cola interpretativa en el complejo panteón politeísta de las religiones africanas.



La religiosidad de los esclavos negros pone el contrapunto a las rigideces formales de la Santa Inquisición. A pesar de los intentos represivos del Santo Oficio por erradicar cualquier forma de disidencia religiosa, la población negra siguió conviviendo con todos aquellos dioses que habían viajado en las bodegas de los barcos. El mural costumbrista que retrata García Márquez de la Cartagena dieciochesca pasa inevitablemente por un aspecto que ha sido fundamental en la formación y evolución de los países americanos: el sincretismo religioso. Lo dice el propio obispo:

Hemos atravesado el mar océano para imponer la ley de Cristo, y lo hemos logrado en las misas, en las procesiones, en las fiestas patronales, pero no en las almas [...] Habló del batiburrillo de sangre que habían hecho desde la conquista: sangre de español con sangre de

indios, de aquellos y estos con negros de toda laya, hasta mandingas musulmanes, y se preguntó si semejante contubernio cabría en el reino de Dios (pág. 133).

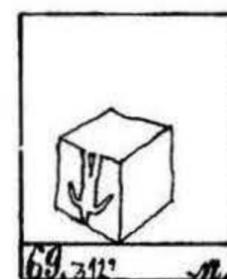
Dominga de Adviento, una "negra de ley" que hace las veces de nodriza de Sierva María, sirve de enlace entre los dos mundos, el de los blancos y el de los negros. Para servir al marqués en las labores domésticas se "había hecho católica sin renunciar a su fe yoruba, y practicaba ambas a la vez, sin orden ni concierto. Su alma estaba en sana paz, decía, porque lo que le faltaba en una lo encontraba en la otra" (pág. 20). Es ella quien convierte a Sierva María en una negra con cuerpo de blanca. Si Dominga de Adviento ejemplifica el sincretismo religioso desde el lado negro, Sierva María lo es desde el lado blanco. Señalo esta circunstancia porque va a ser determinante en el desarrollo trágico de la novela. Los diferentes estamentos del Santo Oficio confundirán sus hábitos africanos y su don de lenguas extranjeras con la presencia del Maligno. Sierva María es en este sentido un personaje perfectamente diseñado que reúne todos los síntomas descritos en los manuales para exorcistas¹⁷.

Para librar a Sierva María de la rabia el marqués recurre no sólo a las prácticas mágicas de Sagunta, sino también a todo tipo de médicos, curanderos, herbolarios, barberos, a pesar de que todos ellos están próximos a las prácticas heréticas. El más notable de todos es un médico judío de origen portugués llamado Abrenuncio de Sa Pereira Cao, hombre de sorprendente sabiduría al que se le atribuye fama de nigromante por haber resucitado a un sastrecillo. Abrenuncio es una de las piezas más codiciadas en el coto de caza del Santo Oficio. Su dedicación a la medicina, su racionalidad y su liberalismo sirven para poner un contrapunto a los múltiples referentes míticos de la obra, en una línea parecida a la de Juvenal Urbino en *El amor en los tiempos del cólera*.

Abrenuncio habla el latín, practica métodos inusuales en la medicina de su tiempo, lleva con cierto orgullo su fama de judío e incluso se permite el lujo de tener una biblioteca completa de libros

prohibidos donde las novelas de caballerías, y muy especialmente el *Amadís de Gaula*, comparten espacio con las *Cartas filosóficas* de Voltaire y otras obras perseguidas por la Inquisición.

Mientras que el marqués hace cuanto puede por sanar a su hija, la noticia de la posible rabia llega hasta los oídos del obispo de Cartagena, don Toribio de Cáceres y Virtudes, y hasta los informes secretos de la Santa Inquisición. Para este representante de la Iglesia los síntomas de la rabia son los mismos de una posesión demoníaca y augura que ésta y otras enfermedades semejantes son utilizadas por el Maligno para introducirse en el cuerpo de sus víctimas. La irritabilidad, los espasmos, la pérdida de concentración, las convulsiones violentas, los vómitos y los cuerpos estragados por una tremenda violencia interior son algunos de los síntomas tradicionalmente recogidos en los manuales de exorcistas como señales inequívocas de la presencia del Mal¹⁸.



La sintomatología general de la rabia coincide con la llamada "enfermedad sagrada", es decir, con la posesión del demonio¹⁹. El médico judío denuncia ante el marqués esta terrible confusión haciéndole una minuciosa "enumeración erudita de antiguos autos de fe contra enfermos mentales ejecutados como energúmenos o herejes" (pág. 96). Después hará lo propio con Cayetano Delaura dándole todo tipo de "ejemplos lamentables de cómo [a la rabia] se la había confundido desde siempre con la posesión demoníaca, al igual que ciertas formas de locura y otros trastornos del espíritu" (pág. 149).

Para Abrenuncio, los métodos mágicos empleados por los esclavos ne-

gros para salvar a la niña son muy parecidos a los utilizados tradicionalmente por los exorcistas o por la hechicera Sagunta. Todos ellos suponen prácticas mágicas contrarias al espíritu y al método científico. En última instancia serán los métodos de la Inquisición, junto con un cúmulo de factores casuales, los responsables del desenlace trágico de la niña.

Desde la entrada de Sierva María en el convento de Santa Clara, todos los acontecimientos que tienen lugar, cualquiera que sea su carácter, son atribuidos al halo maléfico de la energúmena. Las actas que día a día registran los avatares de la vida monástica recogen multitud de prodigios y comportamientos extraordinarios de la naturaleza que sólo pueden ser explicados por la intervención directa del demonio. Las actas se convierten así en la *prueba pericial* y científica de la existencia del Maligno en el cuerpo de la protagonista. El narrador, haciendo gala de una inagotable capacidad de fabulación, dispersa a lo largo de la obra todo un piélago de expresiones y anécdotas que convierten a Sierva María en una criatura poseída por el demonio. Se dice que la niña tiene los ojos del diablo, la cabellera fantasmagórica, se retuerce como una víbora y en general su aspecto, sobre todo cuando se enfurece, es el de una energúmena.

Desde su entrada en el convento, Sierva María detecta que la vida monástica es sombría y triste como la de su mansión colonial. Al igual que en su casa, busca refugio entre los esclavos negros del servicio, lo que será más tarde utilizado en contra de ella. Todos sus actos y movimientos, provocados por el miedo o por la ira, son atribuidos a la presencia del Maligno. Todo cuanto hace es exagerado y deformado hasta quedar plasmado en las actas del convento, configurando una suerte de literatura disparatada donde se pretende dar carácter científico y objetivo a todo aquello que figura en el ámbito de lo sobrenatural. Por paradójico que resulte, la Iglesia y García Márquez desarrollan mecanismos parecidos para explicar aquellas zonas sagradas que rodean la vida cotidiana de los hombres.

Con la presencia de Sierva María, el convento de Santa Clara se convierte

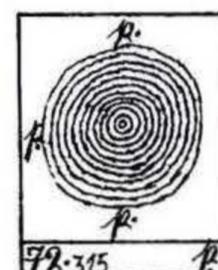
en un espectáculo con tintes terroríficos. Así, una criada que intentó quitarle uno de sus collares no pudo conseguirlo porque "una fuerza del otro mundo la había derribado" (pág. 91). "No ocurrió nada desde entonces que no fuera atribuido al maleficio de Sierva María. Varias novicias declararon para las actas que volaba con unas alas transparentes que emitían un zumbido fantástico [...] Corrió el rumor de que los cerdos estaban envenenados, que las aguas causaban visiones premonitorias, que una de las gallinas espantadas se fue volando por encima de los tejados y desapareció en el horizonte del mar" (pág. 93). Varios accidentes fortuitos son achacados a su presencia, así como el comportamiento de los seis gallos que "cantan como ciento", o del cerdo que habla, la cabra que pare trillizos o del jardín que había "florecido con tanto ímpetu que parecía contra natura" (pág. 99). El propio eclipse de sol que afecta a todo el mundo, es visto sin ninguna protección por la protagonista, lo que acaba convirtiéndose en una prueba más de su enajenación.

Ante tales testimonios, el dictamen de su posesión demoníaca no ofrece paliativos y la propia "locura" amorosa de su exorcista, el padre Cayetano Delaura, confirma la presencia del Maligno en el cuerpo de Sierva María.

El padre Delaura, joven sacerdote con una extraordinaria formación humanística y literaria, es el encargado de exorcizar a la poseída sin saber que él mismo va a ser víctima del engaño de otro demonio más temible que el bíblico: el demonio del amor. En la novela, los síntomas del Maligno son los mismos que los del amor-pasión y Cayetano Delaura acaba persiguiendo su propia muerte y deleitándose con la destrucción de su cuerpo, siguiendo la tradición del amor cortés²⁰.

En un principio Cayetano es un personaje idóneo para sortear con éxito los acertijos puestos por el demonio, pero él mismo es traicionado por su corazón. El alistamiento de Delaura en la batalla secular contra el diablo viene precedida de fuertes alteraciones de su carácter. Descrito como un hombre audaz y brillante, descendiente de Garcilaso de la Vega, capaz de vencer con su ingenio

todos los obstáculos imaginables, cae enredado en la madeja de los sentimientos con tales alteraciones de su personalidad que no ofrecen lugar a dudas, al menos para la curia eclesiástica, de que el demonio ha viajado desde la vieja Europa hasta el Nuevo Mundo.

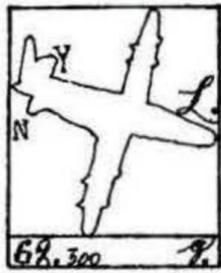


Cayetano Delaura, antes de conocer a Sierva María, sueña con ella. Entre las brumas de la noche vio que "era una marquesita criolla de doce años, con una cabellera que le arrastraba como la capa de una reina" (pág. 99). A pesar de la extrema concentración de la que hace gala en todo momento, al día siguiente del sueño Delaura se "había trastabillado varias veces en la lectura. Y más insólito aún que saltó una página por error y continuó leyendo sin advertirlo" (pág. 98) para sorpresa e inquietud del obispo que no sabe interpretar adecuadamente todos estos presagios. El sueño de Sierva María coincide con el de Cayetano: la niña a través de una ventana grande contempla un campo nevado mientras se come un racimo de uvas. No tiene prisas, porque el racimo es una representación cifrada de la vida: en el último gajo se encuentra la muerte.

Desde el primer contacto con *Ella* Delaura siente los espasmos irremediables del corazón: "un temblor se apoderó de su cuerpo y lo empapó un sudor helado" (pág. 107). El joven sacerdote muestra desde el principio los "signa amoris", los síntomas del amor, uno de los motivos más universales de la literatura a los que García Márquez ha dedicado páginas memorables tanto en *Cien años de soledad* como en *El amor en los tiempos del cólera*.

Tras los primeros síntomas de su pasión desatada, Cayetano se encierra en la cárcel de los libros prohibidos de

la biblioteca episcopal e intenta medir la verdadera dimensión de este nuevo demonio leyendo todos aquellos libros vetados y expurgados por la Santa Inquisición que tratan de "*materias profanas y fabulosas, y historias fingidas*". Por sorprendente que resulte, Cayetano recurre a las novelas de caballerías para analizar los mecanismos utilizados por Satanás y su corte de ángeles destronados. Entre sus páginas cree poder encontrar las claves de su pasión demoníaca.



En su viaje a Cartagena, desde la lejana Ávila, el obispo le había conminado a seguirlo hasta aquellas tierras ardientes "*amenazadas por la sodomía, la idolatría y la antropofagia*" (pág. 103) porque en ese mundo regido por fuerzas infernales y por toda una corte de deidades apócrifas "*hacían falta guerreros tan capaces de imponer los bienes de la civilización cristiana como de predicar en el desierto*" (pág. 103). Explorando los abismos secretos de las historias fabulosas y fingidas de los caballeros andantes, Cayetano emprende la noble misión de rescatar a su dama de las garras del demonio. Primero se enfrenta a Josefa Miranda, abadesa de Santa Clara; después a la propia niña quien se comporta como una verdadera energúmena. También recurre al marqués para rescatar a Sierva María del convento, pero la estulticia y la apatía del personaje no permiten concesiones. Finalmente, cuando ya se siente presa de un amor desesperado, llega hasta las puertas de Abrenuncio, el médico judío.

Antes de analizar la importancia que tiene este episodio, es necesario recordar que *Del amor y otros demonios* es una novela llena de homenajes. Homenaje a Clemente Manuel Zabala, homenaje a la ciudad de Cartagena, ho-

menaje a la literatura clásica española, a Garcilaso de la Vega, a las novelas de caballerías, al propio Don Quijote. Cayetano es un hombre profundamente marcado por las lecturas de su tiempo y en cierto sentido su perfil literario está construido siguiendo las pautas heroicas y amorosas del Siglo de Oro español. De su adolescencia y aprendizaje en un colegio mayor de Ávila trae hasta Nueva Granada el recuerdo de una obra que no pudo terminar de leer y que no es otra que el *Amadís de Gaula*:

El recuerdo que más había de marcarlo fue su conversación de esa noche en la oficina del rector. Lo había citado para hablarle del único libro que encontraron en su baúl, descosido, incompleto y sin carátulas, tal como él lo rescató por azar de unos cajones de su padre. Lo había leído hasta donde pudo en las noches del viaje, y estaba ansioso por conocer el final. El padre rector quería saber su opinión.

"Lo sabré cuando termine de leerlo", dijo él.

El rector, con una sonrisa de alivio, lo guardó bajo llave.

"No lo sabrás nunca", le dijo. "Es un libro prohibido" (pág. 131)

Veintiséis años después Cayetano Delaura había leído todo tipo de libros, prohibidos o no, menos aquel extraño ejemplar donde un caballero enamorado hacía penitencia para ganar la dicha y el corazón de su *fermosa doncella*. Su llegada a la casa-biblioteca de Abrenuncio constituye toda una revelación. Delaura encuentra los ejemplares más raros y codiciados por el Santo Oficio. Su paseo por los diferentes estantes y anaqueles, comentando con cierto tono zumbón e inquisitorial el carácter prohibido de la mayor parte de las obras, está inspirado en el escrutinio de la biblioteca que tiene lugar en el capítulo VI del *Quijote*. Al igual que en el texto de Cervantes, el escrutinio fracasa cuando el cura se topa con el *Amadís de Gaula*. Cayetano queda sorprendido ante lo que él califica como la *biblioteca de Petrarca*. Allí encuentra a Fray Gerundio, a Voltaire, la edición prín-

cipe de uno de los 100 Quijotes que entraron en Cartagena en 1605²¹. Y sobre todo encuentra "la edición sevillana de *Los cuatro libros del Amadís*" (pág. 148). Tiene conciencia entonces de que su vida ha cambiado para siempre. Su consagración al estudio del género caballeresco, intentando escudriñar las marrullerías del demonio, le lleva a dedicar "*sus lecturas y reflexiones durante cinco días con sus noches*" en un pasaje que recuerda los inicios caballerescos de D. Alonso Quijano.

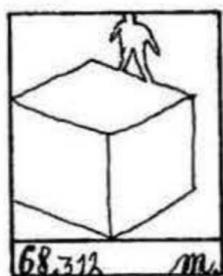
Cayetano Delaura vuelve entonces al convento con la ciega determinación de rescatar a su amada de las garras del diablo, convertido en un *caballero andante a lo divino*, trasmutado en una suerte de Amadís de Cartagena que debe doblegar no a gigantes, ni a dragones, ni a terribles endriagos, sino a la peor de las criaturas bíblicas.

Desde entonces su vida se precipita por el abismo de una pasión irrefrenable hasta alcanzar la muerte de su amada, siguiendo la estela de uno de sus antepasados, Garcilaso de la Vega. Delaura afirma ser descendiente del príncipe de las letras españolas al que le profesa una devoción casi mística. La poesía de Garcilaso es para él una segunda religión, una zona sagrada donde Dios y el amor son una misma cosa y así se lo hace saber a Sierva María, a quien recita de memoria algunos de los versos más famosos y de mayor calado del poeta toledano.

Los versos de Garcilaso no aparecen de forma gratuita en el texto. Tampoco lo es el hecho de que sea un poeta profano uno de los protagonistas de la novela. Garcilaso es el poeta elegido porque para él el verdadero Dios es la dama y el hombre debe aspirar a elevar su alma hasta conseguir la Unión espiritual a través del Amor²². Cada uno de los versos que aparecen en la novela tiene una clara motivación argumental. García Márquez se sirve de los sonetos I ("*Cuando me paro a contemplar mi estado*") y II ("*En fin a vuestras manos he venido*" / *Para que sólo en mí fuese probado cuánto / corta una espada en un rendido*") para describir la situación espiritual de Cayetano Delaura, la situación de dolor y angustia que vive en el presente,

frente a la paz y el gozo experimentados en el pasado²³.

Más interesante aún resulta la utilización del apóstrofe "*Oh dulces prendas por mí mal halladas*", con el que se inicia el soneto X, porque éste fue compuesto a raíz de la muerte de la portuguesa Isabel Freyre²⁴. García Márquez anuncia la muerte de Sierva María poniendo en boca de Delaura algunos de los versos clásicos sobre la desaparición trágica de la amada, desaparición que trae hasta nosotros los ecos de otro poeta citado en el libro: Petrarca. Por medio de una evidente homofonía se relacionan Petrarca y Laura con Cayetano DeLAURA y Sierva María.



Cayetano pretende seguir el ideario amoroso marcado por los versos de Garcilaso, pero a diferencia de éste, el sacerdote no puede escapar a los reclamos de la carne. Su amor sigue entonces otro periplo: la pasión cantada por los poetas provenzales y cortesanos, donde, como describe Baltasar de Castiglione, todo son "*afanes, tormentos, dolores, adversidades, sobresaltos y fatigas; de manera que el andar ordinariamente amarillo y afligido en continas lágrimas y suspiros, el estar triste, el callar siempre o quejarse, el desear la muerte y, en fin, el vivir en extrema miseria y desventura, son las puras cualidades que se dicen ser de los enamorados*"²⁵.

Esta colección de *signa amoris*, síntomas del amor, coinciden plenamente con los del padre Delaura y sitúan su pasión en el ámbito del amor sensual, con un previsible final trágico. Descubiertas sus intenciones pasionales, Cayetano es degradado por la curia eclesiástica y juzgado por el Santo Oficio. Se complace entonces en estar per-

manentemente en contacto con la muerte en el hospital del Amor de Dios, "*donde vivió muchos años en contubernio con sus enfermos, comiendo y durmiendo con ellos por los suelos, y lavándose en sus artenas aun con aguas usadas, pero no consiguió su anhelo confesado de contraer la lepra*" (pág. 189). Él quiere morir de amor como los amantes de las églogas y como buena parte de los enamorados del Siglo de Oro.

Sin embargo, Delaura está condenado a vivir hasta el final de sus días sin el disfrute de su amada, soportando una penitencia de amor que de ningún modo va a resultar como la de su héroe preferido, el Amadís de Gaula, porque la dama no puede retornar desde los abismos de la muerte.

Desde nuestra concepción, Cayetano no es víctima de un amor endemoniado, sino de los prejuicios recibidos por su propia formación eclesiástica y por el clima de intolerancia religiosa que marca el ritmo de la novela.

Con la muerte de Sierva María, García Márquez evita la tentación de crear otra pareja para toda la vida, como ocurre con Florentino Ariza y Fermina Daza. Su final trágico le permite además denunciar la historia más sórdida del hombre dentro y fuera de los confines de la Iglesia. El amor se convierte así en un tema de compromiso para el escritor.

En ese inmenso tapiz de relaciones amorosas que el maestro colombiano ha ido tejiendo con su sorprendente capacidad de fabulación, el amor se presenta ante el lector como una ideología, como una religión, la única capaz de conducir al hombre por los laberintos de la soledad. Sólo a través del Amor el hombre puede aspirar a tener una segunda oportunidad sobre la tierra.

¹ Madrid, Mondadori, 1994.

² Plinio Apuleyo Mendoza y Gabriel García Márquez, *El olor de la guayaba*, Barcelona, Mondadori, pág. 65.

³ Manuel Pereiro (entrevista), "La revolución cubana me libró de todos los honores detestables de este mundo" en *García Márquez habla de García Márquez*, Alfonso Rentería Mantilla (editor), Bogotá, Rentería Editores, 1979, pág. 202.

⁴ Véase el capítulo "Lecturas e influencias" en *El olor de la guayaba*, op. cit., págs.

61-69. También en *García Márquez habla de García Márquez*, op. cit., pág. 145.

⁵ Véase el prólogo que dedica Jacques Gilard al volumen periodístico *De Europa y América (1955-1960)*, Madrid, Mondadori, 1992, págs. 7-59.

⁶ Gabriel García Márquez, *Crónicas y reportajes*, Bogotá, Editorial La Oveja Negra, 1985 (10a. reimpresión), págs. 170-220.

⁷ Manuel Pereiro (entrevista), en *García Márquez habla de García Márquez*, op. cit., pág. 205.

⁸ Madrid, Cátedra, 1984, pág. 466.

⁹ Michael Palencia-Roth, "La primera novela de García Márquez después del Nobel", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Biblioteca Luis Ángel Arango, vol. XXIV, núm. 12, 1987, págs. 3-17.

¹⁰ Entrevista aparecida en *El Heraldo de Barranquilla*, el domingo 24 de julio de 1994.

¹¹ La importancia que tiene Clemente Manuel Zabala en la formación del joven García Márquez ha sido estudiada por Jorge García Usta en los siguientes trabajos: "El período Cartagena de García Márquez. Desmitificación de una génesis periodística y literaria" en *Historia y Cultura (Revista de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena)*, año 1, núm. 1, julio de 1993, págs. 149-227 y "Zabala, maestro de García Márquez" en *Historia y Cultura (Revista de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena)*, año 2, núm. 2, mayo de 1994, págs. 131-147.

¹² Esto es lo que se desprende del fragmento que con frecuencia cita de la novela de Virginia Woolf:

"Pero no había duda de que dentro (del coche) se sentaba algo grande: grandeza que pasaba, escondida, al alcance de las manos vulgares que por primera y última vez encontraban tan cerca de la majestad de Inglaterra, *el perdurable símbolo del Estado que los acuciosos arqueólogos habían de identificar en las excavaciones de las ruinas del tiempo, cuando Londres no fuera más que un camino cubierto de hierbas, y cuando las gentes que andaban por sus calles en aquella mañana de miércoles fueran apenas un montón de huesos con algunos anillos matrimoniales, revueltos con su propio polvo y con las emplomaduras de innumerables dientes cariados*" (en *García Márquez habla de García Márquez*, op. cit., pág. 84. La cursiva es mía).

¹³ Fernando Lázaro Carreter, "Del amor y otros demonios" en *ABC Cultural*, núm. 128, 15 de abril de 1994.

¹⁴ Para la importancia que tienen los enigmas en la narrativa de García Márquez véase el artículo de Roberto Córdoba, "Aproximación al enigma en la novela de García Márquez: de *La Hojarasca* a *Cien años de soledad*" en la revista *Historia y Cultura*, Cartagena de Indias, año 1, núm. 1, julio de 1993, págs. 109-130.

- ¹⁵ En una de sus notas periodísticas, titulada "El mar de mis cuentos perdidos", refiriéndose a uno de tantos relatos que han quedado por escribir, García Márquez comenta:
"En cierto modo, éste era una nueva variación del asunto que más me ha obsesionado de un modo ineludible: las pestes" (en *Notas de prensa, 1980-1984, op. cit.*, pág. 306).
Del mismo volumen periodístico destaco los siguientes artículos: "La peste" (págs. 192-194), "Lo que no adivinó el oráculo" (págs. 274-276) y "Terrorismo científico" (págs. 308-310).
- ¹⁶ Armando Durán, "Conversaciones con Gabriel García Márquez", *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, 1968. Véase también *El olor de la guayaba, op. cit.*, págs. 61-69.
- ¹⁷ Los manuales para exorcistas escritos durante la Edad Media y el Renacimiento (*Malleus Maleficarum* de J. Sprenger y H. Institor, el *Flagellum daemonum* de G. Menghi —Francfort, 1588—; la *Fuga Satanae Exorcismus* —Venecia, 1605— de P. A. Stampa; el *lugum Ferreum* —Valencia, 1676— de Didacus Gómez) destacan como rasgo fundamental que el sacerdote exorcista no debe quedarse a solas con el energúmeno y mucho menos si se trata de una mujer joven y bonita. Tampoco debe dejarse confundir con supuestas enfermedades que no son más que manifestaciones del Maligno. Una de las pruebas más notables que señala el padre Benito Remigio Noydens en su manual *Práctica de exorcistas* (Barcelona, 1675), muy difundido en España e Hispanoamérica durante los siglos XVII y XVIII, es que los energúmenos no pueden soportar ante sí ningún elemento eclesiástico y cuando esto ocurre reaccionan con violencia. Noydens señala que una prueba irrefutable para determinar la posesión demoníaca es la capacidad del enfermo para hablar el latín y poseer conocimientos que por su propia naturaleza privilegiada le están vedados. En el caso de Sierva María, el don de lenguas no se traduce en el conocimiento del Latín, sino en su familiaridad con las lenguas africanas.
- ¹⁸ Julio Caro Baroja, *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)* (Madrid, Sarpe, 1985) y *Las brujas y su mundo* (Madrid, Alianza Editorial, 1989, págs. 173-183); véase también la obra de Francisco J. Flores Arroyuelo, *El diablo en España*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, págs. 144-193.
- ¹⁹ Francisco J. Flores Arroyuelo, *op. cit.*, págs. 144-193.
- ²⁰ Alexander A. Parker, *La filosofía del amor en la literatura española 1480-1680*, Madrid, Cátedra, 1986. Véase su capítulo "El lenguaje religioso del amor humano", págs. 25-60.
- ²¹ Es probable que García Márquez haya sacado estos datos de *Los libros del conquistador* de Irving Leonard, más concretamente

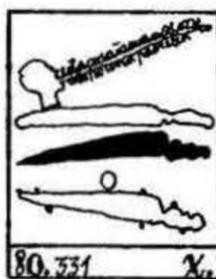
te del capítulo XIX "Don Quijote invade las Indias Españolas", México, Fondo de Cultura Económica, 1979, pág. 265.

- ²² Rafael Lapesa, *Garcilaso: estudios completos*, Madrid, Istmo, 1985; W. J. Entwistle, "Los amores de Garcilaso" en *La poesía de Garcilaso* (Elías L. Rivers editor), Barcelona, Ariel, 1981, págs. 71-89; Alexander A. Parker, *op. cit.*, págs. 64-72.
- ²³ Rafael Lapesa, *Garcilaso: estudios completos, op. cit.*, págs. 76-78.
- ²⁴ Rafael Lapesa, *op. cit.*, pág. 122, Entwistle, *art. cit.*, pág. 80.
- ²⁵ Baltasar de Castiglione, *El cortesano*, Libro IV, capítulo VI. Cito por la edición del Club Internacional del Libro, basada en la traducción de Juan Boscán, Madrid, 1985, pág. 167.

Señor
Darío Jaramillo Agudelo
Editor Boletín Cultural y Bibliográfico
Banco de la República

Cordial saludo

Dentro del proyecto de investigación "De espejos, encajes y amores. Las publicaciones dirigidas al 'Bello Sexo' y los ideales femeninos en Cartagena y Mompós. 1870-1900", que estoy realizando como requisito para obtener mi título de pregrado en Literatura en la Universidad de Cartagena, encontré tres periódicos dirigidos a la mujer que no fueron reseñados por Patricia Londoño en su texto "Las publicaciones periódicas dirigidas a la mujer en Colombia 1858-1930", publicado en el Boletín Cultural y Bibliográfico, volumen 27, número 23 de 1990:



- La Floresta, periódico dedicado al bello sexo. Cartagena 1879-1881. Editor don Eusebio Hernández, Imprenta de Hernández e Hijo; se encuentra en la Hemeroteca Luis López de Mesa.

- La Camelia, periódico literario y noticioso dedicado al bello sexo. Cartagena, 1893. Director Andrés M. Revollo, Imprenta El Esfuerzo; se encuentra en la Hemeroteca Nacional Manuel del Socorro Rodríguez.
- El Carnaval, periódico bureo, dedicado al bello sexo. Cartagena, 1872. Se encuentra en la Universidad de Antioquia.

Agradezco su atención,

GIOBANNA PATRICIA BUENAHORA
MOLINA
shiu@mailcity.com

De la BLAA

Lista de publicaciones seriadas (CD-ROM)

El servicio de información especializada de la Biblioteca Luis Ángel Arango tiene a disposición del público el Social Sciences Index que corresponde al listado de revistas desde 1986 con imagen completa por áreas temáticas del saber, actualizada a abril de 1999:

Administración

- Administrative science quarterly
- American enterprise
- Industrial and labor relations review
- Journal of business ethics
- Journal of human resources
- Journal of the american planning association

Antropología

- American anthropologist
- American ethnologist
- Australian journal of anthropology
- Canadian review of sociology and anthropology
- Current anthropology
- Ethnology
- Journal of contemporary ethnography
- Journal of ethnic studies (hasta 1992)